EL SOCIALISTA

ORGANO DE LA FEDERACION NORTEAFRICANA Y PORTAVOZ DE LA U. G. T.

Nº 110 | Redacciôn y Administraciôn : 16, Rue Montaigne | Argel — Sàbado 3 de Mayo de 1947 | Precio : 7 francos

Primero de Mayo

OCHO años llevan los trabajadores españoles sin poder manifestar libremente en este dia consagrado a la solidaridad y a la lucha. Desde entonces, desde la entronizaciôn franco-falangista, la jornada obrera fué exilada; encerrada en prisiones y campos de trabajo y tortura; enterrada en las tumbas de nuestros mejores compañeros, caìdos en cruenta lucha, o junto a las de los que después se sumaron a la innùmera legiôn de héroes y màrtires.

Ocho años de aparente silencio, por no haber cruzado, los cortejos obreros, calles y plazas de la atormentada España, haciendo gala de inmenso poder con la paralizaciôn total del proceso productivo.

No por ello cayô en el olvido tan señalado dia. Allì donde los humildes penan, allì donde los explotados sufren; en el hogar desmantelado, en la càrcel que diezma, en el taller, en el tajo, en la montaña o en el exilio, oyôse la voz rebelde de las masas laboriosas españolas.

Porque ha sido asì como se ha mantenido en sus justos términos la tradiciôn de lucha y las ansias emancipadoras implicadas en tan memorable jornada. No se mantuvo tanto en aquellos otros sitios en que adquiriô caràcter oficial.

La sanciôn oficial, si bien puede ser signo de la marcha ascendente del proletariado y del progreso de la democracia, tiende, al mismo tiempo, en muchos casos, a transformar en simple fiesta ritual, vacìa de contenido, lo que debe ser dia de lucha contra las clases pudientes, y de solidaridad entre los trabajadores.

En los paìses sometidos al fascismo o a otra forma de dictadura totalitaria, llegô a convertirse el Primero de Mayo en su expresiôn contradictoria; se hizo una burla sangrienta de los trabajadores, al adoptarlo como dia del «trabajo nacional».

Es tanto lo que simboliza ese dia, y tan fuertes los ecos que él despierta en el alma de los trabajadores, que todas las tiranìas tratan de apropiàrselo en su conocida agitaciôn demagôgica, a fin de lograr la mistificaciôn de los humildes.

Contra toda suerte de deformaciones, procuremos mantener el verdadero caràcter del Primero de Mayo; no consintamos que lo vistan con recepciones oficiales organismos extraños a los genuinamente levantados por la clase trabajadora; luchemos contra los dictadores que hacen del dia de los desposeìdos un carnaval de desfiles militares.

Y, sobre todo, mantengamos viva la llama que le diô vida en el proletariado internacional. Debe ser un dia de lucha contra los poderosos y de solidaridad entre los oprimidos. De lucha y de solidaridad efectivas, pues a fuerza de repetir llamamientos y postulados sin actos que los confirmen y sigan, todo queda en vana palabrerìa, lo que lleva el desaliento y la indiferencia a unas masas que ya no distinguen entre tanta literatura tras la que se cubre la pasividad o el esgaño.

La pasividad observada hasta hoy por los sindicatos y organizaciones laboriosas del mundo entero hacia sus hermanos españoles sojuzgados bajo la bota franquista, es la màs contundente y tràgica prueba de un espìritu de clase embotado o perdido. No es extraño que el Primero de Mayo haya perdido en muchos casos su caràcter revolucionario y original, si en aquella parte donde màs a fondo debieran jugar las concepciones de clase, en la solidaridad activa y sin fronteras, no se conoce hace tiempo un gesto de los màs elementales.

No perdamos por ello la esperanza. Si lo que esperàbamos no se produjo, la falta proviene de una torcida orientaciôn imprimida al movimiento obrero; orientaciôn que lo vacìa de su médula revolucionaria hasta hacerlo inoperante, cuando no masa de maniobra al servicio de imperialismos de nuevo cuño. Nuestro deber està señalado, en consecuencia, y consiste en volver a dar el vigor necesario a la conciencia de clase entre los oprimidos. Nuestra prédica infatigable debe insistir para obtener la mayor difusiôn y observancia de nuestros principios doctrinales. Clavar en la conciencia de los trabajadores la necesidad de una solidaridad internacional proletaria. Comprender que el punto de partida debe ser ese, si se quiere que nuestros esfuerzos sean coronados por el éxito. Es el sôlo camino para no mantener en la esterilidad lo que tanta miseria y penalidades soporta.

Como socialistas, el llamamiento lo dirigimos a todos los trabajadores dispuestos a laborar por su emancipaciôn al màrgen de mesìas o seres providenciales. Muy especialmente nos dirigimos a los partidos hermanos organizados a través del mundo y que todavìa no han comprendido que la reconstituciôn de una verdadera y fuerte Internacional Obrera Socialista debe ser la piedra angular en el resurgir del internacionalismo proletario, a la vez que garantice el triunfo socialista y la paz entre los pueblos.

Los franquistas y las declaraciones de Don Juan

LONDRES. — La reacciôn que en los medios oficiales españoles ha producido la interviù recientemente concedida por Don Juan a «The Observer» ha sido violenta. Dicha interviù se ha publicado en la prensa española con titulares como los siguientes :

La bandera roja ha pasado de manos de Giral a las de Don Juan.

Don Juan celebrarà elecciones con las calles llenas de anarquistas y comunistas.

Don Juan Borbôn dice que no es suficiente la agresiôn verbal contra España.

Los comentarios de los editorialistas estàn presididos por el mismo espìritu. No se ha tolerado ningùn comentario favorable. A lo màs que los periôdicos monàrquicos se han atrevido ha sido a publicar la interviù sin hacer comentarios.

La propaganda oficial tiende a presentar a Don Juan como el ùnico campeôn de las izquierdas españolas, sin duda alguna con la intenciôn de utilizar en beneficio propio el miedo a una nueva guerra civil, y para dividir a los sectores de derecha partidarios de la restauraciôn. Es demasiado pronto para poder decir si ésta propaganda tendrà o no éxito. Determinados sucesos acaecidos en el curso de la pasada semana, hacen pensar en todo lo contrario. Por ejemplo, la manifestaciôn falangista del pasado jueves en Madrid, que culminô en el entierro simbôlico de Don Juan, fué atacada por una multitud enardecida y tuvo que ser disuelta por la policìa.

Por otra parte, los monàrquicos del interior acaban de dar dos pasos decisivos: uno de ellos ha sido la carta del Duque de Alba a Don Juan premetiéndole, como ya se sabe, el apoyo de la nobleza española. El segundo —que ha causado verdadera sorpresa— lo diô el Conde de Rodezno, dirigente màximo de los carlistas que apoya una rama distinta de la Realeza española. El Conde de Rodezno visitô el miercoles pasado al general Franco con una delegaciôn navarra, para protestar contra el proyecto de ley de sucesiôn, y declaran del Caudillo que su partido prometìa, de ahora en adelante, lealtad a Don Juan.

¡¡Trabajadores!!

No pocas gentes, habiendo transcurrido cincuenta y siete años desde que en el Congreso Internacional Socialista de Paris se instituyô la jornada del Primero de Mayo como una demostraciôn de fuerza, de la solidaridad de clase, y de la voluntad de acabar con la divisiôn en castas que caracteriza a la sociedad presente, imaginan que se trata de un acto ritual, de una fiesta màs entre las innumerables de caràcter civil o religioso, y hasta en la ignorancia de su significaciôn y trascendencia, se suman a ella por automatismo o tendencia rebañega. Es a nosotros a quienes corresponde en toda ocasiôn destacar su verdadero significado y prevenir a los equivocados que su puesto no està en nuestras filas si a nosotros no les unen las aspiraciones —que proclamamos— de transformaciôn social que suponen la supresiôn de las clases sociales mediante la aboliciôn del sistema de producciôn y distribuciôn capitalista.

La jornada del Primero de Mayo es, con exclusividad, la jornada de los sometidos a la esclavitud econômica, cualquiera que sea el modo como se manifieste esa esclavitud, cualquiera que sea la funciôn que se ejerza mediante salario, para proporcionar un beneficio al comprador de la fuerza productora. Esa es nuestra jornada.

Y ella, para poner de relieve el antagonismo de los intereses y la resoluciôn, en modo alguno debilitada, sino acrecentada por el tiempo, la lucha y los progresos realizados, de acabar para siempre con esos antagonismos, haciendo posible el surgimiento de una comunidad de seres humanos libres, solidarios, trabajadores y satisfechos, como todo el que cumple con su deber y satisface plenamente sus necesidades.

No negamos que las primeras manifestaciones de esta jornada estaban impregnadas de cierto romanticismo consecuente a la debilidad de la fuerza obrera organizada, a la deficiente cultura de las legiones obreras, a los postulados cuya conversiôn en realidad se consideraba muy alejada en el tiempo. La constancia, el espìritu de sacrificio, la inmolaciôn de vìctimas en los altares del Moloch capitalista, la mayor educaciôn y cultura de las clases trabajadoras, han convertido en realidad nuestras aspiraciones inmediatas de antaño, y las cualidades que nos permitieron lograr aquellos triunfos, nos dan calidad de luchadores convencidos y probados para seguir el camino ascendente hacia la conquista de la aspiraciôn suprema, siempre convencidos de nuestra razôn, màs seguros de nuestra fuerza.

Para nosotros, trabajadores españoles exilados, la aspiraciôn hoy màs inmediata, es la de obtener la desapariciôn del régimen franquista, con o sin realeza, que sume en la miseria y en la vergüenza a nuestra patria; que la tiñe de sangre, haciendo de los verdugos el sìmbolo del orden, y de los presidios la residencia de la honradez.

Tremendamente doloroso ha sido—y es—el exilio; pero sus dolores y sus privaciones no han sido obstàculo para que se mantenga viva la resistencia contra aquel régimen y viva también la protesta contra todos los que por acciôn pasiva o por complicidad, contribuyen a la supervivencia del ùltimo residuo del fascismo organizado y provocador. Si por un acto de debilidad—que no puede admitirse ni en hipôtesis—, esta admirable resistencia española plegase sus banderas y se diseminase, este solo hecho determinaría el triunfo definitivo de Franco y su cuadrilla. Sin la admirable resistencia española, el problema de nuestra patria no constituiría desde hace mucho tiempo preocupaciôn mundial. Cruel y doloroso es el exilio, pero es la espada de Damocles pendiente siempre sobre la cabeza del tirano de España. El lo sabe, y el conocer siempre vigilante y activa esta resistencia, es una de sus mayores obsesiones.

Esta resistencia vigilante y disciplinada tiene como cabeza visible al Gobierno de la Repùblica, coordinador de las fuerzas del interior y del exterior, e instrumento apropiado para actuar en el terreno internacional como lo reclama la justicia de nuestra causa, como lo exige la defensa de nuestra libertad y nuestro derecho. Nuestra fuerza la constituyen esos principios de justicia, de libertad y de derecho. La fuerza de nuestro Gobierno està representada por esos mismos principios, pero también por la persistencia en nuestra actitud de lucha, por nuestra acciôn mancomunada con las fuerzas del interior y las de los trabajadores organizados internacionalmente; por la confianza que en él tenemos depositada y por nuestra resoluciôn de apoyarle resueltamente para que, con la realizaciôn de su programa, se ponga fin al martirio de España.

Nuestros dolores no impiden que sintamos los ajenos, e incluso que los hagamos nuestros; y nuestros han sido los dolores sufridos por la clase trabajadora internacional, provocados por la guerra maldita, obra de Hitler, Mussolini y Franco. Es el càncer que lleva en sus entrañas el régimen capitalista y que no desaparecerà hasta que el propio régimen perezca. En esa guerra hemos vertido nuestra sangre los primeros, y la hemos vertido después, mezclàndola con la de los trabajadores de otros paìses, en defensa de una libertad que aùn se le niega a España, aunque se luchaba por la libertad del mundo. Odiando la guerra, hemos participado en ella voluntariamente, para evitar que el mundo cayera bajo el dominio fascista. Hemos contribuìdo a liberar al mundo de ese dominio. Tan sôlo España no ha sido liberada de él.

Seguimos odiando la guerra màs que nunca y, junto a los demàs trabajadores del mundo, seguiremos luchando por el triunfo de la Paz verdadera, que sôlo surgirà con el triunfo del proletariado y no por las combinaciones o arreglos de los representantes de los Gobiernos capitalistas, màs atentos a consolidar y ampliar su predominio, que a facilitar la inteligencia y la solidaridad entre los pueblos.

Para que pueda ser efectiva la Paz que ambicionamos —y con nosotros el mundo entero—, es indispensable que se reconstituya la Internacional Socialista Obrera sobre los cimientos inconmovibles de la doctrina marxista, frente a la internacional capitalista; que se reconstituya mediante la condiciôn sine qua non **del reconocimiento de la existencia de una lucha de clases con la que queremos terminar; que se reconstituya proclamando, mejor, exigiendo, la plena independencia y soberanìa de cada Partido miembro, dentro de las fronteras de cada paìs, que no excluye por incompatible la disciplina en la acciôn internacional con las obligaciones que ésta impone y cuyo acatamiento debe ser un imperativo categôrico.**

Para la defensa de los intereses generales de la clase trabajadora; para la lucha de conjunto contra el sistema de producciôn y explotaciôn capitalista, no existen fronteras. En el desarrollo de la acciôn peculiar a cada paìs en los ôrdenes social y politico, los Partidos Socialistas nacionales deben conservar su absoluta independencia y actuar con respeto a los principios de la màs pura democracia, Es decir, tal como lo concibieron y afirmaron los fundadores de la doctrina, y tal como lo sigue exigiendo la realidad nacional de cada pueblo.

Esa Internacional serà la nuestra y a lograr su reconstituciôn dedicaremos lo que de nosotros exija tan importante finalidad.

TRABAJADORES: Nuestros muertos nos exigen que no nos desviemos ni una lìnea del cumplimiento de nuestros deberes. El desorden social que representa el capitalismo reclama que actuemos sin descanso hasta que el orden racional que el Socialismo simboliza sea impuesto por los trabajadores mismos.

La Paz, la Justicia y la Fraternidad en el trabajo y en el disfrute de la vida, no serà posible hasta que desaparezcan las clases sociales fundiéndose en una sola de hombres solidarios en el màs amplio y alto concepto de la expresiôn: la Familia trabajadora.

!VIVA EL PRIMERO DE MAYO!

!VIVA EL PARTIDO SOCIALISTA OBRERO ESPANOL!

!VIVA LA UNION GENERAL DE TRABAJADORES DE ESPANA!

!VIVA LA INTERNACIONAL SOCIALISTA!

Toulouse, Primero de Mayo de 1947.

Por la Comisiôn Ejecutiva del Partido Socialista Obrero Español en el Exilio; *Enrique de Francisco, Trifôn Gômez, Rodolfo Llopis, Wenceslao Carrillo, José Gregori, Manuel Palacios, Pascual Tomàs, Arsenio Jimeno, Juan Tundidor, Paulino Gômez Beltràn.*

Por la Uniôn General de Trabajadores de España en el Exilio: *Trifôn Gômez, Enrique de Francisco, Pascual Tomàs, Manuel Muiño, Miguel Calzada, Wenceslao Carrillo, José Barreiro, Andrès Saborit, Rodolfo Llopis, Arsenio Jimeno y José Montero.*

TELETIPO

Soltando lastre

REGINA y Gabriel nos han «quitado».

Como en los versos de Machado por la muerte de Rubén Darío, «esta nueva nos vino atravesando el mar». Por conducto del «A.B.C.» de Madrid, recibido con dos meses de retraso, la defección de Regina. Sobre el último número de «Mundo Obrero» de Argel, la tinta aún fresca, la defección de Gabriel. En Madrid, para convertirse al fascismo, la primera. En Méjico, para solicitar su ingreso en el comunismo, el segundo.

Ignoro la reacción que, en la emigración socialista, habrán causado esta doble defección. A mí no me ha producido ni frío, ni calor. Mejor aún, las tenía previstas ambas. Por tanto, las deseaba.

Regina García, afiliada a la Agrupación de Madrid, explica la suya en un libro que ha merecido los honores de la crítica, altamente encomiástica, del anónimo encargado de la sección «Noticias de libros» del diario monárquico. Con el título «Yo he sido marxista» y el subtítulo «El cómo y porqué de una conversación», Regina García relata de manera impresionante su experiencia de militante marxista y todas aquellas causas y circunstancias que la hicieron evolucionar de una manera honda y abandonar su antigua convicción y credo político».

Anotemos, por adelantado, la sintomática confusión del subtítulo: donde el original dice seguramente «conversión», el galante crítico ha puesto «conversación». Descartada la errata del galante linotipista —en el «A.B.C.» todo es galante— hemos de atribuir el error a la obsesión del periodista, tras una conversación, o mejor interminable monólogo de la autora.

Porque Regina era —y lo será mientras viva— la clásica charlatana. Ronda, Yela, Lobo, Dorado —el Viejo por antonomasia— Elías Moreno, todos los afiliados de la Agrupación madrileña podrán decir si tengo razón. Apelo a su testimonio, porque ellos tienen más motivos que yo para conocerla, por haberla padecido más. A mí me bastaron unas horas de convivencia, para cerciorarme de ello. Lo que no ha sido nunca es marxista. Para esta afirmación, no necesito corroboración alguna. Ahí va la prueba.

Verano de 1931. El Partido crece como la espuma. La Comisión Ejecutiva recibe peticiones de las Federaciones Provinciales para que envíe oradores a todas partes. Con unos prontuarios concisos e información lacónica, llegan aquellos a todos los rincones de España. Al que yo habito le ha tocado en suerte, precedida de fama de agitadora, Regina García. Efectivamente, su fogosidad, su voz, el sexo —los encendidos párrafos son más encendidos en labios de mujer—, sus gestos y ademanes —un poco histriónicos— confirman aquella condición. Con el teatro abarrotado, como siempre, yo actúo de telonero —como casi siempre— limitando mi intervención a esas formularias palabras de presentación de la vedette. Ella habla durante hora y media, arrancando ovaciones estruendosas y verdaderos ríos de lágrimas a las sensibles mujeres, acostumbradas a los monótonos e invariables latiguillos del cura del lugar. ?Necesitaré añadir que se la comían materialmente al terminar su vibrante peroración, desteñidos por el calor asfixiante, el negro rimel de los ojos y el artificial carmesí de los labios?

Pero vamos a lo del marxismo. En la comida con que celebramos el éxito, al día siguiente, ella seguía hablando por los codos. Sobre mi temperamento, linfático por naturaleza y difícilmente impresionable, por recientes y reiteradas desgracias familiares, resbalaba aquel trepidante borboteo de palabras, hasta que la oí decir que los contribuyentes españoles, por concepto de utilidades, habríamos de aportar 50.000 pesetas anuales cada uno para hacer frente al desequilibrado presupuesto, herencia de los despilfarros de la dictadura. Di un salto en la silla. ?Cómo me las arreglaría yo, con 56 duros al mes —estaba recién ascendido— para hacer frente a tan descomunal impuesto?. Intenté deshacer su error, pero como había varias mujeres, se enzarzó una discusión interminable. La zarabanda de millones en dividendo y divisor, los estómagos llenos de arroz y los vapores de un vino de 16° y 16 años habían hecho estragos en aquellas cabezas, poco avezadas a las arideces matemáticas. Convencido de que la explicación de aritmética elemental no la comprenderían, para poner las cosas en su punto, eché mano de mis recursos pedagógicos, substituyendo los millones por manzanas. Ello produjo efecto inmediato en una maestra —que no había ejercido, es verdad, pero maestra el fin—. Regina seguía en sus trece y, aun cuando transigió a última hora, estoy seguro que no se convenció. No he vuelto a saber de ella hasta su «Yo he sido marxista».

De haber justificado la «conversión» con un «Yo he sido afiliada socialista», o un «Yo he sido roja, o verde», no me habría ocupado de tal baja. Pretender haber sido marxista sin saber dividir, es demasiado fuerte, ex-camarada. Por lo demás, viento en popa y buen viaje.

En cuanto a Gabriel Morón... Pero esto, por falta de espacio, como el cuento del portugués de «La cena jocosa», quédese para mañana.

M. B. de la ERMITA.

Temas viejos

(Viene de la 3a pàgina).

transición de la sociedad capitalista al Socialismo. Período de transición que no puede prolongarse eternamente para que no se convierta en una dictadura del proletariado en la que este no tenga otra función que la de votar resoluciones previamente preparadas por los comités directivos; trabajar hasta la fatiga física, hasta la extenuación en beneficio de un régimen social del que se le hace el panefrico todos los días, a todas las horas, mediante el discurso o mediante el folleto; aplicando todo procedimiento de propaganda, pero sin que las bondades del régimen se traduzcan en un nivel de vida superior al que puede disfrutar el obrero que vive en un régimen capitalista.

Los socialistas procuramos educar a nuestros afiliados para que cuando se les invite a la lucha por las ideas sepan comprender por sí mismos hasta donde se puede llegar; si los resultados de la lucha son buenos que no tengan que agradecérselo a sus directivos, sino que se den cuenta de que el triunfo se lo deben a su propio esfuerzo. Y si los resultados fueran desfavorables que no se conformen con pensar «todo por el partido»; sino que recojan la lección y, sin desanimarse, procuren tenerla en cuenta en luchas sucesivas. Así queremos los hombres en el Partido Socialista Obrero Español. Así nuestros afiliados están siempre al servicio del Partido.

Leed RENOVACION

¿Politica internacional de fuerza o de cooperaciòn?

Franco y su truncado Imperio Azul

I

A GUISA DE PREAMBULO

LA desdichada suerte corrida por la empresa imperialista que la Falange puso en manos de Franco nos depara, a mi juicio, un tema de anàlisis muy sugestivo y aleccionador, con vistas al esbozo de una política internacional acorde con los tiempos modernos.

A las bùsquedas de nuevas perspectivas de gobierno supranacional tiende principalmente, pues, la serie de artículos que hoy comenzamos. Y hasta sería màs acertado decir: al esclarecimiento de las perspectivas que ya van implicadas en el propio curso evolutivo de la Historia y que resaltan en la actualidad ante los ojos de cualquier espíritu medianamente observador.

Dos concepciones en orden al gobierno supranacional

Dos grandes y antagónicas corrientes de opiniòn, aparecidas en épocas distintas de la Historia, se disputan la facultad de dirigir y de organizar el mundo de nuestros días.

De una parte, una idea imperialista, que entraña una manera ancestral —belicosa, intransigente, sojuzgadora— la cual, descansando en un espíritu de hegemonía o en un complejo de superioridad, tiende a realizarse a través de un Estado supranacional absolutista.

De otra parte, una idea democràtica, que entraña una manera moderna —pacífica, comprensiva, cooperativista—, la cual, teniendo por base los principios de autodeterminación y de respeto mùtuo, tiende a cristalizar por medio de una federación mundial de pueblos libres.

Ambas corrientes representan, en realidad, como decimos, dos periodos característicos de la evolución de los regímenes políticos en el curso de la Historia, conforme tendremos ocasión de exponer y de comentar a lo largo del presente ensayo.

Tendencia al Imperio Universal

La tendencia al logro de una comunidad supranacional por métodos violentos, es decir, el intento de hacer plasmar en realidad la idea imperialista arranca desde los tiempos màs remotos de la Humanidad. Yo no diré, claro està, que esta tendencia sea innata en el hombre o que le sea consubstancial. Y no lo diré, precisamente, porque el mensaje que se desprende de la evolución històrica, al menos en mi opiniòn, como tendremos tiempo de examinar, parece demostrar lo contrario. Y no solo que no me atreveré a decir que la tendencia imperialista sea consubstancial con la criatura humana y que, por consiguiente, sea tan antigua como el hombre mismo y que habrà de acompañar a la Humanidad hasta el fin de su existencia, sino que ni siquiera apuntaré que esta tendencia se haya manifestado entre las primeras colectividades humanas. La Historia es muda en este ùltimo sentido. Hay un vacío enorme respecto al vivir de las primeras comunidades —el comprendido por los tiempos prehistòricos—, que es todavía insondable para nosotros y que acaso lo serà para siempre. No hemos podido arrebatar aùn este secreto a la prehistoria y, por ello, sería arbitrario o gratuito el aventurar ahora ninguna afirmación en pro o en contra de tal hipótesis. Por lo tanto, para que nuestro estudio ténga un valor verdaderamente científico, hemos de limitranos, modestamente, a tiempos menos remotos pero rigurosamente històricos.

La Historia ha registrado en repetidas ocasiones el intento de formar una comunidad mundial de pueblos mediante la pràctica de métodos violentos de conquista. Diversas naciones, en épocas diferentes, han desarrollado este afàn imperialista. Expongàmoslo someramente.

La primera tentativa de este género registrada parte de Asia, en el siglo VII anterior a la era cristiana. El imperio medo-persa puesto en pié por el monarca Ciàsaro II, sobre las ruinas del imperio asirio de Sardanàpalo, se acrece aùn territorialmente bajo los reinados de sus sucesores Ciro y Cambises. Dos siglos màs tarde, cuando el rey Darío se decide a la invasión de Grecia y llega hasta las cercanías de Atenas, el imperio medo-persa comprendía desde la India hasta Egipto y desde el Ponto Euxino hasta el mar Eritreo. La victoria definitiva de las armas griegas hace dar marcha atràs al impulso expansivo de los asiàticos. En el siglo V antes de la era actual, el monarca Artajerjes representa la decadencia del imperio fundado por Ciàsaro II. La corriente imperialista medo-persa, aunque todavía potente e inquietante, queda confinada al sòlo continente asiàtico.

El imperialismo se desplaza de continente. Acallada Asia, Europa toma la palabra cien años màs tarde. Una vez sentada la hegemonía macedónica sobre los griegos y pueblos limítrofes, Alejandro el Grande, en el siglo IV antes de la era en curso, invade el imperio medo-persa y lo conquista de un modo veloz. En doce años Alejandro creò un imperio màs vasto que el levantado luego por los romanos en doce siglos. Pero el imperio muere con el monarca que lo fundara. Repartido entre sus generales, tras el fallecimiento del conquistador, una lucha fratricida conduce al declive sangriento del grande pero fràgil edificio.

En este caso concreto que exponemos, la política imperialista, màs que ser representativa del espíritu de un pueblo o de un sector del mismo, es la expresión de su monarca, de Alejandro.

El siglo III antes de la era cristiana es testigo del choque brutal de dos fuerzas imperialistas que habían ido desarrollàndose en Europa y en Africa. La batalla de Zama dirime la vieja rivalidad entre Roma y Cartago.

Con el triunfo de Escipión sobre Aníbal, el poderio romano se afirma, aumentàndose luego de modo constante. Pero la personificación de la idea imperialista corresponde realmente a Julio César y a Octavio Augusto, en el siglo I antes de la era actual; el cesarismo representa la manera fuerte del gobierno unipersonal que darà su nombre a todas las corriente liberticidas posteriores. La influencia romana se deja sentir arrolladoramente sobre los tres continentes conocidos en aquella época —Europa, Asia y Africa— y perdurarà hasta el siglo V de la era que corre, en que los llamados bàrbaros destruyen el imperio de Occidente.

El siglo VII vé nacer en Arabia un movimiento imperialista de gran virulencia: el Islamismo, mitad político y mitad religioso, que los sucesores de Mahoma, los califas en calidad de vicarios del profeta y del legislador de los àrabes, extienden ràpida y belicosamente por una parte de Asia y de Africa.

A principios del siglo VIII, cuando los àrabes desembarcan en España y vencen a los visigodos en la batalla de Guadalete, el Califato, con capital en Damasco, se extendía desde el desierto de Sahara al mar Caspio y desde la India hasta las costas atlànticas de Africa del Norte.

Frenado el avance imperialista àrabe en la Península Ibérica, el franco Carlos Martel lo detiene y lo obliga a retroceder cuando, atravesando los Pirineos, pretende extenderse por toda Europa.

Las rivalidades entre sus jefes debilitan el imperialismo àrabe y desmembran su vasto territorio.

Ese mismo siglo VIII que registra el apogeo de la fuerza expansiva musulmana, ve alzarse un nuevo imperialismo en Europa —el de los francos—, iniciado por Pepino, quien lo colorea de cristianismo, y que culmina en Carlomagno, con cuyo monarca la idea imperialista encierra un vigoroso ideal teocràtico. El imperio franco declina en manos de los sucesores y se extingue al final del siglo IX, con la disgregación territorial operada en vida del inepto Carlos el Grueso.

Desde el siglo X al XV, Europa es teatro de una lucha permanente entre dos imperialismos de naturaleza diversa: uno representativo del poder temporal y otro del poder espiritual.

De una parte, Alemania, que, con su concepción del Sacro Romano Imperio Germànico, aspira al dominio del poder temporal sobre el poder espiritual, es decir, a la supremacía del emperador sobre el papa, y cuyos representantes màs caracterizados son, cronológicamente, Otón I, Otón III, Enrique III, Enrique IV, Enrique V, Federico Barbarroja y Federico II.

De otra parte, el Vaticano, que, con su ideal Sacro Imperio, busca la preponderancia del poder espiritual sobre el poder temporal, esto es, la superioridad del papa sobre el emperador, y cuyas figuras mas representativas son Gregorio VII, Pascual II, Inocencio III y Clemente V.

El descrédito de las instituciones simbólicas, tante final del conflicto entre ambos mo[illegible] en el curso del absolutistas, llegan hasta el [illegible] y destituir a los [illegible] éstos descargan [illegible] centellas de la [illegible] nia responde [illegible] los autoritarios, [illegible] tàndoles antipapas [illegible] que Roma prom[illegible] peradores entre [illegible] alemanes.

En el siglo X[illegible] belinos y güelfos [illegible] combate para [illegible] de imperar, si [illegible] gioso, Europa [illegible] de otro violento [illegible] tico. El inmenso [illegible] de fundar Ge[illegible] desde China al [illegible] a Rusia, a Polo[illegible] Hungría, sembr[illegible] doquier, y la c[illegible] tener a duras p[illegible] que amenaza s[illegible]

La idea imp[illegible] España, en el e[illegible] blecimiento de [illegible] encontrando el [illegible] nado por los p[illegible] los reyes católi[illegible] II, mediante su[illegible] nancias territo[illegible] de realizar la [illegible] universal que [illegible] ciando inùtilme[illegible] toritarias de t[illegible] paña dominaba [illegible] rica y en Afri[illegible] acto de presenc[illegible] nía. El sol no [illegible] el vasto conjun[illegible] hispànicos.

El renacimie[illegible] na, entre el po[illegible] der espiritual, [illegible] nado la Edad Media, p[illegible] munones ni [illegible] de Carlos I s[illegible] pontífice Cle[illegible] obligación de [illegible] derador al [illegible] germano. [illegible] A su vez, Fel[illegible] màs creyente [illegible] que declarar [illegible] el papa de m[illegible]

Durante el [illegible] y Felipe II, y [illegible] titud observa[illegible] con el Imperi[illegible] sía acabará por [illegible] cular, exactam[illegible] hecho en tiemp[illegible]

Los posteri[illegible] de Austria — [illegible] y Carlos II— [illegible] dencia del imp[illegible] se desmorona[illegible] pana de los B[illegible] con Felipe V, [illegible] pierden los te[illegible] con Fernando [illegible] dizan casi to[illegible] América. Al [illegible] no queda nada [illegible] de España.

En las p[illegible] XVIII, la ide[illegible] nifiesta vigoro[illegible] carnada en N[illegible] una lapso de [illegible] siglo, desde [illegible] ejército napole[illegible] que va desde [illegible] do por Paris [illegible] otra línea que [illegible] ma, desde Ber[illegible] Alejandro, Ne[illegible] jefe del ejérc[illegible] propio imperi[illegible] parte es el jef[illegible] que dicta por [illegible] sonal.

El poder e[illegible] clinarse nuev[illegible] temporal. El p[illegible] cautiverio en [illegible] sucesor, Pio V[illegible] Roma para [illegible] París al autor[illegible] el Vaticano [illegible] la excomunió[illegible] lismo bonapa[illegible] sencia en Ro[illegible] y traído a Fe[illegible] cerá secuestra[illegible] la caída de N[illegible]

La empres[illegible] nica termina [illegible] potente coali[illegible] levantadas co[illegible] en España y [illegible] tumba.

El Vaticano [illegible] ver derrumba[illegible] cro Imperio. [illegible] Bonaparte, ya [illegible] mar la renun[illegible] ficios. Pero [illegible] será perdido [illegible] Iglesia católi[illegible] cio del siglo [illegible] instauración [illegible] de Italia, baj[illegible] Emmanuel II, [illegible] de Cavour: [illegible] la Iglesia». [illegible] 1870, irrumpe[illegible]

por

Ildefonso Torregrosa

El arte y el exilio

Una paleta incipiente

EN el duro camino del exilio, hallamos cada día una revelación insospechada. Algo así, como el desdoble de personalidades, mantenidas dentro de una òrbita, acaso inadecuada, pero cabalgando pacientemente al ritmo de una vida pàcida. Desdoble generado por la fuerza de un revulsivo violentísimo.

— por A. G. —

El campo del Arte es, sin duda, en el que con mayor frequencia se observa éste fenómeno. Por otra parte, y sin adentrarnos en el reino del anàlisis que su historia nos brinda, —copiosa en ejemplos y vivas realidades— la razón se asienta, entre la nostalgia del terruño lejano, que và, desde la canción de cuna hasta la nota folklórica asociada a nuestro ser por ley psicológica, y la dura realidad que se impone, torciendo razones, energías y sentimientos. Y del choque brutal de esa realidad, surge como «ave fenix» la rebeldía en su manifestación íntegra; espléndidamente àcrata; resuelta, en su puro sentido de libertad: EL ARTE. El Arte, sí; como liberador de una tortura moral.

Si el artista nace, nace con él una forma hija de sus sentimientos. La otra, la forma estética, que es el ropaje con que debe cubrirse para vivir en la civilización, esa puede adquirirla al precio de una disciplina bien aceptada y bien dirigida.

Estas ligeras reflexiones nos asaltan ante la exposición de ALBERTO MUNOZ. ?Pintor...? ?Alma torturada...?— Las dos cosas. La primera, mantenida en potencia y supeditada a la fuerza superior que acucia el todo melancólico de su espíritu castellano, recio, a la vez que sencillo.

Eso es lo que hemos visto en las primeras armas de este amigo. Una mezcla de añoranzas y recuerdos imperecederos que enlazan su pasado, allà en las costas càntabras, se detiene un momento como homenaje ante el cuadro flamenco, —trasunto de la «macarrona»— para desembocar en el paisaje àrido, atormentador, del Desierto. Y en la puesta de Sol sobre el «medio Atlas» hay un grito de amargura que se diluye en la tinta ocre que difumina los contornos sin vegetación.

En suma, una acertada manifestación de dolor de quien se vé privado de gozar de las auras de esa bendita tierra que le viò nacer.

Oràn, abril 1947.

Con pluma ajena

Reportaje del «país de los labios cerrados»

El diario «El Calpense», de Gibraltar, publica la traducción del siguiente reportaje sobre España, publicado anteriormente por el semanario inglés «Sunday Pictorial» y que refleja las impresiones de un periodista extranjero tras una breve visita a la España franquista.

POR fin estoy en España, aunque sea por la puerta trasera. Por espacio de varios años he deseado hacer un trabajo sobre el régimen fascista de Franco, pero aunque en cuarenta otros países han estado dispuestos a acogerme, nunca se me ha concedido una visa en la «pequeña hermana de los nazis».

No hay visado...

Digo no se me ha concedido, porque nunca se me ha negado. Sistemàticamente se ha optado por hacerse caso omiso a mis repetidas solicitudes, a pesar de los constantes recordatorios que por teléfono he hecho a la Embajada española. ?Cual ha sido el motivo? Indudablemente que un colega mío fué expulsado de España por escribir la verdad.

Pero la ficha de la Gestapo de Madrid que dice: «No debe permitirse la entrada a nadie del «Sunday Pictorial» no ha sido bastante para impedirme obtener un visado transitorio por 10 chelines, en la misma forma en que cualquiera lo puede hacer en Gibraltar.

Teóricamente, el visado es valedero por veinticuatro horas y solamente para las ciudades fronterizas de La Linea y Algeciras, lo que solamente da tiempo para que se gaste dinero en España, sin que se vea nada de lo que Franco no quiere que se vea.

Las solicitudes para visas de más larga duración se envían a Madrid, lo que automáticamente haría que en mi caso se anulase.

Sin embargo, vamos a olvidarnos por el momento del Sur de España, ya que es poco más que un suburbio de Gibraltar y empecemos este relato en Madrid, donde, por una serie de hechos fortuitos pude pasear por lugares prohibidos durante veinticuatro horas.

Abundancia en Madrid

Si se cierran a medias los ojos y se mira a Madrid con ràpidez, se ve un paraíso de abundancia. Es algo que puede decirse de casi todos los lugares, fuera de Inglaterra, pero que resulta más destacado en lo que a España se refiere.

Las tiendas están brillantemente iluminadas y estravagantemente abastecidas. En el Madrid distinguido se ríe, se baila y se canta. Queda deslumbrado por los signos luminosos y los anuncios eléctricos de los artículos de lujo que forman parte de un mundo que en Inglaterra hemos olvidado.

Abramos ahora los ojos y miremos más allà de la cosas de comida, de bebida y de ropa que se amontonan en los establecimientos. Hablemos con Pedro.

Hablando con Pedro

Por desgracia, no se trata del español que se encuentra por término medio. Es un hàbil mecànico, muy concienzudo, según me dicen y muy bueno en el desempeño de su trabajo. Gana veinticinco chelines a la semana en un empleo con el que ganaría en Inglaterra seis libras y media. Como veréis, a Pedro no le impresiona gran cosa la fachada de lujo y transparente prosperidad de Franco. No se deja llevar por entusiasmo al ver canastas de huevos, que se venden a siete y nueve peniques la pieza; tampoco se impresiona al ver las patatas, que en el mercado negro se venden a un chelin y dos peniques la libra y que su esposa obtiene a veces poniéndose en cola en la Ciudad Lineal.

Con veinticinco chelines, teniendo tres hijos que alimentar, Pedro apenas puede vivir, a pesar de estar en mucha mejor situación que otros.

Un pueblo agotado

He hablado con unas treinta personas como Pedro en Madrid, y ninguna se ha quejado. No se agitan ni piden, porque no tienen forma de poderlo hacer.

En mi desgraciadamente corta estancia en Madrid no he oido, ni visto ni sentido nada que indique una revolución sangrienta o no. La atmósfera es tal que se saca la impresión de que se trata de un pueblo al que se le ha sacado la sangre, juntamente con la vitalidad con la guerra civil. Hay una anemia mental. Antes que luchar el pueblo está dispuesto a soportarlo todo, incluso a Franco.

Aunque los extranjeros que han vivido en Madrid por espacio de años dicen que el pueblo se quitaría de encima a Franco, si pudiera, he podido advertir que todos con los que he hablado se ponían inmediatamente a la defensiva, para hacer resaltar los puntos buenos que encuentran en el régimen.

La capa de azùcar

Mire, «me han dicho, señalando a un bloque de viviendas de trabajadores, levantadas donde antes había inmundas chozas. Son amplias, claras, bien ventiladas, y lo que es más importante, baratas. «Vea que se piense lo que se piense de Franco, està haciendo casas para el obrero».

Un bloque de casas, floreciendo como una rosa en un pantano fué la técnica de Hitler cuando construyó los autobahns, o la de Mussolini al abrir nuevas universidades. Es la capa de azùcar con que se dora la píldora fascista.

El español de hoy puede que no esté peor alimentado que antes, pero eso no es un elogio que pueda hacerse a Franco. Antes cuando menos no corrían el riesgo de perecer inmediatamente por quejarse.

Un infierno...

Más que nunca, la España de hoy que he visto en Madrid es una gloria para los que tienen dinero y un infierno para los que no lo tienen.

Después de hablar con un entusiasta e inteligente miembro del movimiento secreto de resistencia, cuya dirección se me había facilitado en Londres, me inclino menos que nunca a esperar una revolución inmediata.

Hay en España hombres valientes que conspiran y planean y están dispuestos a luchar, en cualquier momento, cualquier lugar, pero son muy pocos y están muy divididos entre sí.

LOS MONARQUICOS PROTESTAN

LA Ley de Sucesión presentada por Franco ha suscitado la protesta de los monàrquicos españoles, hecha pùblica en el «A.B.C.» del día 10 de abril. El proyecto, declaran, «desvirtua las esencias tradicionales y permanentes de la forma de Gobierno secular en España», es decir de la monarquía absoluta y hereditaria. «La sucesión monàrquica no puede estar sometida al laudo de un grupo de españoles, por muy meritorios, por muy conspicuos y doctos que sean», y con esto ataca la formación del Consejo de Regencia que ha de designar al sucesor eventual del Caudillo, según la Ley. Admiten los monàrquicos españoles tan solo las costumbres de la ley de herencia, que ellos califican de «normas jurídicas».

Más interesante para nosotros que esta discusión legitimista es que el «A.B.C.» se eleva también contra el traspaso de los poderes dictatoriales de Franco a un monarca. «Discrepamos de la transferencia a los Reyes o Regentes futuros de *aquellas potestades absolutas* que sin más restricciones que las cinco leyes determinadas (a saber: Fuero de los Españoles, Fuero del Trabajo, Ley Constitutiva de las Cortes, Ley del Referendum nacional y la propia Ley de Sucesión) tienen hoy un *carácter especialísimo* como fruto que son de circunstancias excepcionales en nuestra Historia y título legítimo del Poder. El principio clásico de que el Monàrca reina pero no gobierna nos satisface íntegramente y lo consideramos *compatible* con la forma autoritaria y representativa —en un sentido moderno y dùctil— que en las actuales circunstancias *necesita* España». No sabemos muy bien lo que vale el sentido «dùctil» a que alude el «A.B.C.». Pero si entendemos bien, quiere decir que los poderes actuales dictatoriales (él lo confiesa) del gobierno de Franco no pueden pasar a un monarca, pero pueden coexistir con él. O bien que no se tiene confianza en un monarca para mantener una dictadura en España, que se quiere mantener sin embargo bajo un cambio nominal de régimen. Lo hemos escrito muchas veces, pero está bien que estos señores nos lo digan aunque sea en un «castellano poco claro.

Por lo demàs, apoyando a la monarquía legítima, no reniegan de la «revolución nacional» franquista «promovida contra la parodia de un estado inexistente», y declaran no poder aceptar los términos de la declaración de D. Juan que «menoscaban y mediatizan la legitimidad de la España Nacional».

LOS MANIFIESTOS DE D. JUAN

SIN embargo, publica el «A.B.C.» los dos manifiestos de D. Juan el de Lausanne, del 10 de marzo de 1946 y el reciente salido del Estoril, el 1° de abril de 1947. Merecen estos dos manifiestos que se los estudie con atención, ya que la prensa francesa nos dió unos textos completamente diferentes de los textos españoles.

En el primero, D. Juan establece la continuidad de la monarquía española, diciendo que su padre no hizo sino «suspender» sus regias prerrogativas. Se declara contrario a la política seguida por Franco y requiere que éste, «reconociendo el fracaso de su concepción totalitaria del Estado, abandone el Poder y dé libre paso a la restauración del régimen tradicional de España», es decir, a la monarquía y a su persona. Indica cuales serían las reformas a emprender: «aprobación inmediata, por votación popular, de una Constitución política; reconocimiento de todos los derechos inherentes a la persona humana y garantía de las libertades políticas correspondientes; establecimiento de una Asamblea Legislativa elegida por la Nación; reconocimiento de la diversidad regional, amplia amnistía política, una màs justa distribución de la riqueza y la supresión de injustos contrastes sociales contra los cuales no sólo claman los preceptos del cristianismo, sino que están en flagrante y peligrosísima contradición con los signos político-econòmicos de nuestro tiempo».

El programa tiende a contentar a todos... y a nadie. Puede engañar a mucha gente de fuera, no a los españoles.

El segundo manifiesto se ha torcido completamente en las «adaptaciones» de la prensa. Empieza D. Juan por reivindicar la monarquía legítima y hereditaria y niega el derecho de Franco a establecer normas para la sucesión. «Los principios que rigen la sucesión a la Corona, dice, y que son uno de los elementos básicos de la legalidad en que la Monarquía tradicional se asienta, no pueden ser modificados sin la actuación conjunta del Rey y de la Nación, legítimamente representada en Cortes. Lo que ahora se quiere hacer carece de ambos concursos esenciales, pues ni el titular de la Corona interviene, ni puede decirse que encarne la voluntad de la Nación *el organismo que, con el nombre de Cortes pasa de ser una mera creación gubernativa*». Estamos plenamente de acuerdo en cuanto a lo poco representativo que es del pueblo español el organismo de las «Cortes». En cuanto a lo que piensa este pueblo de la Corona, lo hizo saber en 1931 y nos parece innecesario volverlo a repetir.

Pero sigue D. Juan atacando la dictadura de Franco: «...lo que ahora se pretende es pura y simplemente convertir en vitalicia esa *dictadura personal*, convalidar unos títulos, según parece hasta ahora *precarios*, y disfrazar con el manto glorioso de la Monarquía *un régimen de puro arbitrio gubernativo*, la necesidad del cual hace ya mucho tiempo que no existe. Exalta a renglón seguido las instituciones monàrquicas que son un elemento de estabilidad, y añade: «Todas esas supremas ventajas desaparecen en el proyecto Sucesorio, que cambia la fijeza en imprecisión, que abre la puerta a todas las contiendas intestinas, y que prescinde de la continuidad hereditaria para volver, con lamentable espíritu de regresión, a una de esas imperfectas fórmulas de caudillaje electivo en que se debatieron tràgicamente los pueblos en los albores de su vida política. Los momentos son demasiado graves para que España vaya a añadir una *nueva ficción constitucional* a las que hoy integran el conjunto de disposiciones *que se quieren hacer pasar* por leyes orgànicas de la Nación y que además, *nunca han tenido efectividad práctica*».

Y termina el ataque pidiendo «la normal e incondicional transmisión de poderes».

?Qué juego se han traido entre los monàrquicos de España y los del exterior? ?Engañaron a D. Juan en las negociaciones? ?Es que los monàrquicos españoles piensan que el joven ex-falangista no sería lo bastante fuerte para mantener «una mano fuerte» y quieren al lado un gobierno que «gobierne» con un rey que «reina», según los propios términos del «A.B.C.»? Difícil es decirlo, de momento, pero los acontecimientos nos explicarán lo que parece todavía poco claro. Otra cuestión es saber porqué el «A.B.C.» ha podido publicar los dos manifiestos que son una condena del régimen y de Franco. Tan manifiesta reprobación es señal de una división profunda dentro del edificio totalitario, y de la poca fuerza que tiene Franco frente a sus oponentes monàrquicos.

P. S. O. E.

Reuniones de la C. E. en el Exilio

En su reunión celebrada el día 24 de abril, la C.E. ha tomado, entre otros, los siguientes acuerdos.

Hacer las gestiones pertinentes para impedir sea ejecutado nuestro compañero Agripino Fernandez Diez.

Trasladar al compañero Trifón las sugestiones que sobre la Comisión discriminatoria de evadidos, hace el Grupo del Ariège.

Autorizar a los compañeros del departamento del Ain para dar nueva estructura a su Grupo departamental.

Que se hagan efectivos los gastos del traslado de los restos del que fué nuestro compañero Gomez Latorre.

Ofrecer a las JJ.SS. uno de los dos puestos que nos han sido ofrecidos para asistir a una semana de estudios en Cambridge.

Asimismo se acuerda que el compañero Jimeno nos represente en el Pleno Nacional que los días 26 y 27 de los corrientes celebrará la Federación de JJ.SS.

Se tiene conocimiento de la carta enviada por el compañero Llopis en la que enjuicia la campaña de rumores y especies falsas que se ha desencadenado.

Se tramitan las comunicaciones del Grupo de Paris, de Africa del Norte, y de la Comisión de Estudios de Aragón.

Se tiene conocimiento de algunas comunicaciones del interior.

Se acuerda dar comienzo a los trabajos preparatorios de la Asamblea de delegados.

También se acuerda que Carrillo nos represente en el Pleno que se celebrará en la Hte-Garonne el día 27 de los corrientes.

Que Tomàs nos represente en el que se celebrará en el Loiret el día 11 de mayo.

El compañero Tundidor dà cuenta de su gestión en el Congreso de Htes-Pyrineos y de la charla de información pronunciada en Tarbes.

Gregori dà cuenta del éxito obtenido en el mitin celebrado en Brive con su intervención y la de Dasi.

Jimeno dà cuenta de su intervención en el mitin de Arlés y de haber pronunciado charlas de información en Arlés, La Ciotat, St-Henri, Meyreuil, Istres y Marsella.

Una condecoraciòn fallida

En las ceremonias oficiales que con motivo del reciente viaje del Sultàn de Marruecos se desarrollaron en Tànger, se encontraba presente el *dos veces* laureado general Varela.

La afición a ser decorado del general franquista le llevó a un gesto bastante ridículo.

En lo alto de la colina se realiza la ceremonia oficial. Después de la lectura del acta de obediencia del Kalifa, el Sultàn decora a su vasallo. El Sultàn quiere decorar también al hijo del Kalifa. Le hace signo al jóven príncipe, pero como éste desconoce los propósitos de su soberano, se vuelve hacia el general Varela. Lo que interpreta el *dos veces laureado* como advertencia de que él està comprendido en el reparto de chatarra y se levanta sonriente dispuesto a recibir... La situación se hizo embarrazosa y hubo que explicar al compadre de Franco que aquello no era para él ya que la situación presente no es la màs a propósito para decorar un matamoros.

Paraissant les Samedis
Abonnement mensuel 35 frs
Chèques Postaux 140-21 – M. J. G. BARBA

EL SOCIALISTA

Hebdomadaire du Parti Socialiste Ouvrier Espagnol en Afrique du Nord

REDACTION ET ADMINISTRATION
16, Rue Montaigne
ALGER

Socialismo japonés

NINGUNA afirmaciôn màs poderosa hay de la invencibilidad de la idea y del movimiento socialista que el surgir de partidos inspirado por nuestra doctrina en las tierras màs lejanas, de nuestra vida diaria y de los campos de nuestra acciôn. Cuando dejàbamos España con las ùltimas embarcaciones que salieron de la costa de Levante, nuestro pensamiento se ensombreciô no sôlo por el hecho inmediato de la derrota sufrida, sino por las perspectivas, que veîamos con màs claridad —y mès asombro— que los compañeros del paîs que nos acogîa, merced a la sangrienta experiencia recientemente vivida.

Siguieron los años del triunfo nazifascista en el continente europeo, y del poderoso imperialismo totalitario japonés en Extremo Oriente. El mundo parecîa dominado por dictadores, apoyados por los grandes monopolios industriales y comerciales de los paîses donde la concentraciôn capitalista habîase realizado con màs intensidad; en Alemania, Italia y el Japon. La alianza politico-militar de estas tres potencias no era producto de una casualidad diplomàtica, estaba fundada en la similitud de los regîmenes, en su estructura econômica y en su formidable potencia bélica.

Concebimos siempre a la clase obrera como enemigo nato de los regîmenes nazifascistas y del Estado autoritario japonés, en el cual dominaban cinco grandes clases capitalistas y los militarotes. Pero aprendîamos la dura lecciôn, que, pese a ser la clase obrera, en nuestra abstraciôn lôgica y marxista, el enemigo de tales sistemas polîticos, eso no querîa decir que los obreros tengan siempre conciencia de su propio interés de clase. El encuadramiento de una «naciôn en guerra» en la férrea disciplina de los ejércitos y servicios auxiliares «atomizô» toda conciencia colectiva que podîa existir en un paîs, salvo como en Gran Bretaña, donde los periôdicos del ejército tenîan la obligaciôn de presentar los diferentes puntos de vista de los partidos polîticos.

Durante la guerra, quedô aniquilado lo que anteriormente a las tres dictaduras existîa como estado de ànimo polarizado alrededor de la doctrina socialista. Y en el Japôn uniôse a tales circunstancias el hecho que el movimiento obrero japonés no ha conocido nunca el desarrollo libre de sus organizaciones. Existieron sôlo temporalmente organizaciones sindicales y polîticas que lucharon con grandîsimas dificultades, suprimidas apenas alcanzaron alguna trascendencia.

Asî el antiguo «Partido Socialista de Masa» del Japôn alcanzô en el año 1937 la conquista de 37 escaños en un parlamento que «no pintaba nada» y apenas servîa para mover un poquito las aguas de la opiniôn pùblica. Derrumbado el antiguo imperio japonés con el bombardeo atômico de Hiroshima abriôse otra época en la vida polîtica de aquel lejano archipiélago, que constituye, en el Extremo Oriente, el paîs de mayor progreso técnico industrial y econômico en el sentido capitalista.

Los vencedores, es decir, el general Mac Arthur en nombre del Gobierno estadounidense, asistido por un Consejo interaliado, tuvieron que dictar una verdadera revoluciôn en su propio interés para no dejar huella de lo que fué Japôn autoritario y beligerante. Claro es, Mac Arthur y las autoridades de las cuales él depende no tienen precisamente concepciones socialistas, creen, sencillamente, en las virtudes de la economîa liberal e individualista. Su intervenciôn se limitô, pues, a la destrucciôn de determinadas instituciones japoneses, las llamadas sociedades secretas, que no eran otra cosa que cofradîas polîticas de los aristôcratas latifundistas o industriales, los grandes «trusts» da las llamadas «Cinco Familias» màs poderosas del imperio japonés, y la policîa polîtica con su famoso servicio del «control del pensamiento». Imponîase ademàs una Asamblea Constituyente, elegida por primera vez por todos los adultos de ambos sexos en sufragio secreto y democràtico, dando plena libertad de propaganda polîtica.

Las antiguas fuerzas polîticas japonesas no abdicaron. No se opusieron ellas a ninguna orden del Cuartel General americano, pero la ejecuciôn era cosa que naturalmente los americanos no podîan ni pueden siempre controlar con la debida eficacia en un paîs tan distinto de la civilizaciôn occidental. Esto explica que, en los distritos rurales, donde los campesinos arrendatarios dependen del amo (ùltimamente se votô una leve Reforma Agraria), los conservadores, que en la Constituyente se llamaron «progresistas» y que ahora adoptaron la etiqueta de «demôcratas», tuvieron bastante éxito. Los liberales, por otra parte, atrajeron las capas medias urbanas y rurales.

En la izquierda se presentaron a las masas trabajadoras los socialistas, los comunistas y el Movimiento de la Cooperaciôn. Parece que los observadores americanos, y otros, han sido bastante sorprendidos por la afirmaciôn socialista. Pero luego liberales y conservadores hicieron alianza contra la izquierda, logrando poner muchos inconvenientes a la elaboraciôn de la nueva constituciôn que transforma el Japôn en monarquîa constitucional con soberanîa del parlamento elegido en materia legislativa.

Los sindicatos obreros tuvieron que manifestarse a menudo contra las medidas de la mayorîa parlamentaria, pidiendo, cada vez con màs împetu, que se proceda a un cambio de gobierno o a nuevas elecciones. Por fin, el general Mac Arthur estimô que la tensiôn existente en la opiniôn pùblica necesitaba una clarificaciôn y unas elecciones con menos interferencias de la antigua administraciôn prefectoral japonesa. El jefe de las fuerzas de ocupaciôn aconsejô al emperador (reducido a monarca constitucional adaptado a la costumbre de hacerse ver en pùblico en traje de paisano) disolver la Constituyente después de haber votado la nueva constituciôn y convocado nuevas elecciones.

Estas elecciones se referîan a los gobernadores de provincias (prefectos), alcaldes de las municipalidades, Càmara Alta (Senado) que substituye la antigua Càmara de los Pares y la Càmara de los Diputados. Parece, segùn informaciones (todavîa incompletas), que los socialistas no han presentado muchos candidatos para las alcaldîas y Càmara Alta, pero sî para la Càmara de los Diputados. Asî pudimos leer hace poco con estupor que los socialistas habîan sufrido una gran derrota en el Japôn. Pero cuando la prensa nos trajo los resultados de la elecciôn al Parlamento, se confirmô la confianza que los socialistas japoneses habîan puesto anteriormente en su propia popularidad entre las masas trabajadoras.

Ha sido un éxito rotundo, de 37 diputados hace diez años en un Parlamento sin poder efectivo, el Partido Social-Demôcrata del Japôn ha llegado a 143 escaños en el primer parlamento democràtico elegido bajo el régimen de la nueva Constituciôn. El socialismo japonés tendrà grandes tareas a cumplir. La situaciôn econômica no es buena después de una guerra perdida y la anexiôn de la parte japonesa de Sajalin por la U. R.S.S., le quita al Japôn una rica fuente de abastecimiento en pescado y la posibilidad de la exportaciôn del Salmôn japonés para obtener divisas. Hay una Reforma agraria a hacer, mejoràndola y liberando a los campesinos de la tutela de sus hidalgos. Hay que organizar la vida industrial sobre bases nuevas y mejorar el nivel de vida de los trabajadores; todo eso, probablemente, en un gobierno de coaliciôn con los liberales o con una fracciôn de ellos que se prestarà a un programa progresista.

Pero las dificultades existen para ser vencidas. Asî, por lo menos, piensan nuestros compañeros del Japôn que ya proclamaron que el nuevo gobierno serà dirigido por ellos. Y en el final de su obra està el objetivo de reunir, a todos los que de su trabajo viven bajo la bandera socialista; realizando, en un porvenir que esperamos prôximo, el socialismo en el paîs técnicamente màs moderno del Extremo Oriente.

RODOLFO.

Resultado electoral en el Japôn

	Constituyente	Nueva Càmara
Socialistas. . .	94	143
Conservadores. .	94	136
Liberales. . . .	141	133
Cooperaciôn. .	20	29
Independ. . . .	38	21
Varios	38	21
Comunistas . . .	5	4

Una adquisiciôn comunista

EN otra ocasiôn, hemos aludido a la tendencia casi biolôgica de los partidos comunistas, explicable por el origen y naturaleza de la Tercera Internacional, que les lleva a centrar sus actividades contra los socialistas u otras tendencias obreras y de izquierda, antes que a combatir los enemigos naturales de la clase trabajadora.

La mayor satisfacciôn para el Partido Comunista, lo que considera triunfo sin parigual, son los casos de antiguos afiliados a un nùcleo obrero que deciden pasar a sus «filas de hierro». Los adherentes sin haber tenido otro carnet, son caza menor, de escaso o nulo valor. Pero un antiguo socialista, republicano o cenetista... tiene màs interés que todos los éxitos contra Franco fabricados en los partes guerrilleros.

Asî se explica que en la prensa comunista se hable con frecuencia de unas masas socialistas y cenetistas, que, desertando de sus organizaciones de origen, ingresan en el comunismo oficial, o aùn sin ingresar, otras veces envîan su entusiasta adhesiôn a la polîtica de los dirigentes queridos, sin dejar de enviar telegramas, ramos de flores y regalos substanciosos en el cumpleaños de la Pasionaria. Bien se ha hecho destacar en el ùltimo Pleno celebrado en Parîs el que «millares de antiguos socialistas, republicanos y libertarios» hayan hecho acto de fe «comunista». Si tuvieran que dar nombres, ya no podrîan presumir tanto ni barajar tan alegremente las cifras, pues que seguramente pueden contarse con los dedos de una mano los afiliados a otras organizaciones pasados al comunismo. Y acaso esas organizaciones pudieran, a su vez, presentar listas màs voluminosas de antiguos comunistas, hoy en sus filas.

Mas, vayamos a los casos concretos. Como un parte de victoria, con recuadro y en primera plana, publica «Mundo Obrero» de la semana pasada una carta del señor Gabriel Morôn pidiendo el ingreso en el Partido Comunista. A fuer de sinceros, tenemos que decir la gran satisfacciôn que tal publicidad nos produce. Porque nos perjudica y molesta que ciertos personajillos, antiguos militantes nuestros, expulsados hace tiempo de nuestras filas, sigan con la etiqueta socialista y pretendiendo actuar como tales. Lo hecho ahora por el señor Morôn debe ser regla obligada para los Alvarez del Vayo, Negrîn, Lamoneda y demàs agentes comunistas con capa socialista. Asî, ya no podrà haber confusiôn entre las gentes no muy al corriente de las incidencias polîticas. Hasta tanto no hagan eso, por màs que aclaremos a cada instante, cabe el equîvoco, y, francamente, preferimos el deslinde, sin confusiones posibles, a la manera que lo ha hecho el señor Morôn.

Sôlo nos resta advertir que el señor Morôn no ha dejado voluntariamente el Partido Socialista. Hace varios años que ya no milita en nuestras filas. La ùltima vez que insistiô para seguir entre nosotros fué en Méjico. Quiso ingresar en el Cîrculo Pablo Iglesias, Agrupaciôn socialista de Méjico, y fué rechazado por unanimidad, debido a que, el hoy sùbdito de la Pasionaria, habîa escrito artîculos periodîsticos ensalzando la figura del dictador Trujillo.

El señor Morôn defendîa a un verdugo de la libertad, a un enemigo de los trabajadores, con el mismo celo que los plumîferos falangistas defienden a Franco.

En otras palabras, el señor Morôn es un vulgar traidor a la clase obrera, por eso fué rechazado de nuestros medios, mejor dicho, no admitido entre nosotros. Y acaso por eso se le acoge hoy con tanta satisfacciôn en el Partido Comunista. Es el sitio que mejor le cuadra. Repitamos lo del clasico: Buena pro les haga... y con su pan se lo coman.

Vida de la U. G. T.

Tùnez

El dîa 20 de abril celebrô Asamblea general ordinaria la Secciôn local de la Uniôn General de Trabajadores en Tùnez.

Con un amplio orden del dîa, en el que figuraba posiciôn polîtica de la U.G.T. ante el problema español, fué discutido ampliamente con un elevado concepto de responsabilidad.

Todas las cuestiones fueron abordadas aprobàndose la gestiôn del Comité.

El Corresponsal.

Temas viejos

Los afiliados, al servicio del Partido

LOS socialistas no tenemos por qué recibir lecciones de ningùn partido polîtico ni de ninguna organizaciôn sindical en cuanto a la aportaciôn de esfuerzos en defensa de las ideas que son la esencia de nuestro Partido. Nadie ingresa en el Partido Socialista Obrero Español pensando en el medro personal. Y si alguno ha vivido entre nosotros con propôsitos arrivistas ha terminado por marcharse convencido de que no habrîa de llegar a la finalidad que se proponîa, o ha sido expulsado en cuanto dejà entrever las intenciones que le dominaban. Al Partido Socialista, nos decîan los que hemos considerado siempre como maestros, se viene a entregar todo aquello que el afiliado pueda ofrecerle sin aspirar a otra recompensa que la que produce el convencimiento de que se dà todo a beneficio de una causa justa.

por **Wenceslao Carrillo**

De esta entrega incondicional al servicio del Partido podrîamos presentar ejemplos a millares. De maestros y de alumnos. De afiliados que se dedican a actividades intelectuales y de toda clase de obreros manuales. De los que, tanto por sus profesiones como por los cargos de direcciôn o polîticos son conocidos nacional e internacionalmente, como de los tantos millares de compañeros anônimos —mineros, metalùrgicos, albañiles o campesinos —que si no estàn en condiciones de poner càtedra de Marxismo, luchan por las ideas y sacrifican cuanto tienen que sacrificar en aras del Partido y de la organizaciôn. Somos todos, en una palabra, hombres al servicio del Partido; no ciudadanos que se sirven del Partido.

Ahora bien; en el Partido Socialista Obrero Español no se exije a nadie una obediencia ciega, absoluta, a las ôrdenes de los elementos directivos. Nuestro Partido se rige por principios verdaderamente democràticos. No hay jefes que ordenen y manden. En toda clase de asambleas o congresos intervenimos todos los afiliados con los mismos deberes y derechos. No mediatizamos el pensamiento de nadie. No nos molesta que se nos discuta. Al contrario, lo agradecemos y estimulamos a ello a todos los miembros del Partido y de la organizaciôn sindical. Nosotros hemos discutido con Pablo Iglesias, con Besteiro, con Largo Caballero, y discutimos con quien sea sin la preocupaciôn de que se nos acuse de enemigos de la unidad y de la disciplina interna del Partido.

Lo que no quiere decir que no seamos disciplinados. Pero tràtase de una disciplina que nos imponemos voluntariamente al afiliarnos y que no nos obliga a ser activistas mudos, sin otra misiôn que la de ser el brazo ejecutor de la voluntad de los dirigentes. Lo que nos exije nuestra disciplina es que, una vez discutido un problema y recaîdo sobre él acuerdos, todos venimos obligados a cumplirlos y a defenderlos. Y quien no los cumpla incurre en responsabilidad que lleva aparejada una sanciôn. Esto es normativo, perfectamente reglamentario. Ademàs, cuando un afiliado incurre en responsabilidad no comparece ante ninguna especie de Checa con nombre de Comisiôn Ejecutiva o Comité Central.

No hay ningùn Comité que por sî mismo pueda imponer sanciones, sobre todo si se trata de sanciones graves, contra ningùn afiliado. Mucho menos puede haber un jefe (en nuestro léxico no se conoce este término jeràrquico) que sancione. Al afiliado que incurre en responsabilidad se le abre un expediente por su propia Agrupaciôn local y a deponer en el expediente acude el acusado con toda clase de facilidades para defenderse. Si la Agrupaciôn en junta general le impone una sanciôn que el sancionado considera injusta tiene derecho a recurrir contra ella llegando incluso ante el Congreso nacional. ?Procedimientos dilatorios?. Si, para aquellos partidos que aceptan jefes indiscutibles. Nosotros no aceptamos jefes de ninguna categorîa. No estamos educados para eso, sino para todo lo contrario. El que venga a nuestro Partido con el propôsito de hacer prevalecer su cultura, su facilidad dialéctica, sus condiciones de polemista puede convivir en nuestros medios respetado en tanto no deje al descubierto un propôsito impositivo. No nos resignamos con imposiciones de nadie, por muy elevado que se encuentre. Desde el primero al ùltimo de nuestros afiliados (si se pueden emplear los términos primero y ùltimo entre nosotros) tenemos los mismos derechos y pechamos con las mismas obligaciones y con los mismos deberes.

Repitàmoslo. Todos los socialistas estamos al servicio de las ideas y del Partido; pero con todos los derechos a la libre discusiôn de cuantos temas se nos planteen en los lugares adecuados. Con el derecho, incluso de acusar —naturalmente, cuando haya fundamento para ello— a quien màs alto o màs bajo se haga acreedor a la acusaciôn. ?Qué partido nos aventaja en ésto?. Ninguno. Ni ninguno nos supera en rectitud de procedimientos.

Recientemente, un orador comunista decîa en un acto celebrado en Toulouse, que los comunistas estaban todos al servicio del partido. Y, segùn nuestros informes, hacîa esta afirmaciôn comentando un discurso pronunciado por un socialista en otro mitin celebrado, también, en Toulouse el dîa 2 de abril. ?Pretendîa dejar sentado que los socialistas nos servimos del Partido en lugar de servirle?. Pues si tal fué su pretensiôn procediô con manifiesta mala fe.

En un partido proletario, lo mismo que en una organizaciôn sindical, si son verdaderamente revolucionarios, hay que contar con hombres, no con autômatas. Es indispensable que cada uno de los componentes de la organizaciôn o del partido pongan en juego su inteligencia; tenga ancho campo para que su imaginaciôn se desarrolle y en el ejercicio de la discusiôn y del estudio se prepare para desempeñar toda clase de funciones al servicio de las ideas. Queremos compañeros que tengan concepto de la responsabilidad. Queremos HOMBRES, en una palabra, no borregos. ?Pueden llegar a reunir estas condiciones aquellos a quienes se les hace creer que la ùnica forma de servir al partido consiste en aceptar los mandatos de sus dirigentes sin discusiôn?. No; asî se hacen fanàticos, incapaces de discurrir por cuenta propia; cerebros fosilizados capaces de hacer toda clase de sacrificios, eso sî; pero sin que alcancen a discernir el por qué ni para qué se le imponen tales sacrificios. ?Es asî como se prepara a los hombres para ser verdaderos revolucionarios?. En nuestros medios, no. Eso es la razôn de existencia de toda dictadura. Y los socialistas no admitimos otra dictadura que la del proletariado, pero esta como periodo de

(Pasa a la pàgina central).